

El profeta Abdías

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - Prólogo 3

2 - Edom: su pasado, su presente y su futuro 7

3 - Abdías 19

1 - Prólogo

Todos los cristianos, verdaderamente sometidos a la Palabra de Dios, no pueden equivocarse en cuanto al futuro del mundo religioso que les rodea. Saben que la cristiandad avanza a pasos agigantados hacia la apostasía final y hacia el reinado del Anticristo; por eso, conscientes de la seriedad de su testimonio, en medio de esta creciente ruina moral, tienen cada vez más el deber de conservar «la sencillez hacia Cristo» (2 Cor. 11:3), la doctrina que un alma fiel, instruida por el Espíritu de Dios, debe conservar como procedente de él, en contraste con la enseñanza de los hombres.

En cuanto a esta enseñanza, un hijo de Dios, ajeno a los estudios científicos –que, por lo demás, oscurecerían su comprensión de los libros sagrados más a menudo de lo que la aclararían– pronto se convence, al estudiar la Biblia, de que la única clave para abrirla y comprenderla es *su propio texto*, su texto íntegro, enseñado, recibido y comprendido por el Espíritu Santo. La paleontología, la etnografía, las exploraciones científicas y los descubrimientos que estas traen consigo, las investigaciones históricas, en una palabra, todas las ramas de la ciencia, por muy interesantes que sean, *no iluminan la Palabra de Dios*. Si bien a veces la confirman, nunca pueden, ni por un solo instante, invalidar su valor a los ojos del cristiano. Cuando los descubrimientos de la ciencia respaldan lo que nos ha sido transmitido «con exactitud» por las Sagradas Escrituras, el creyente se alegra al ver refutadas las objeciones a los documentos sagrados planteadas por los incrédulos; sin embargo, a pesar de la ayuda que pueden aportarle en la lucha, nunca constituyen para él el comentario indispensable para el conocimiento del Libro Sagrado, sino que, más bien, a menudo se convierten en un verdadero obstáculo para comprenderlo. He aquí el motivo: los hombres de ciencia *tienden* a rebajar el conocimiento de la Biblia al nivel de lo que la razón humana puede admitir. Incluso cuando no llegan al racionalismo propiamente dicho –al que, sin embargo, en virtud de sus estudios, ni siquiera el teólogo más ortodoxo y sincero en su fe puede sustraerse por completo– introducen un *elemento racional* en la interpretación bíblica.

No negamos en absoluto a la ciencia su ámbito propio. No menospreciamos el valor de las ciencias o disciplinas puramente científicas, que son excelentes en su ámbito. Consideramos dignos de estima los métodos científicos, siempre que no pretendan controlar y juzgar la revelación de Dios en las Sagradas Escrituras. El cristiano está infinitamente en deuda, en particular, con los diversos hombres de ciencia que se han esforzado por editar adecuadamente los textos sagrados, traducirlos con exac-

titud y conocer mejor las lenguas en las que se escribieron sus originales. Acepta con gratitud cierta información que la exégesis bíblica ordinaria pone al servicio de la fe; pero él solo tiene una fuente segura: las Escrituras; y un único recurso para comprenderlas: el Espíritu de Dios. Para el cristiano, es solo el Espíritu quien conoce las cosas de Dios, quien las enseña y las comunica, quien hace que se reciban y se comprendan, independientemente de toda ciencia humana; es solo Él, en definitiva, quien nos hace capaces de exponerlas.

El peligro de la *tendencia racional* salta a la vista cuando se trata de la *profecía*. Los hombres, guiados por el razonamiento humano, se ven obligados a reconocer en los profetas el anuncio de acontecimientos históricos *antes de* su cumplimiento, y este hecho es para ellos la expresión más asombrosa de lo que llaman inspiración; pero apenas tienen la más mínima idea de lo que es una visión profética de *los tiempos del fin*, y si la admiten, es para atribuir a los profetas un mesianismo “más o menos claro, según la época en que vivieron”, o el anuncio de un vago «reino de Dios», resultado gradual y triunfo final del cristianismo sobre el paganismo en el mundo. Así es como suelen interpretar el reino de Dios. Se niegan a ver que la Palabra nos enseña exactamente lo contrario, mostrándonos que la venida del Señor para arrebatar a su Iglesia al cielo pondrá fin a la *cristiandad* en la tierra, y que la *cristiandad apóstata*, abandonada aquí, se convertirá en la gran Babilonia, madre de una idolatría tanto más odiosa cuanto que estará injertada en el tronco cristiano. Las naciones paganas no podrán, por tanto, ser convertidas por la cristiandad; sin embargo, una multitud de ellas recibirá *el Evangelio del reino* (que no es el Evangelio de la gracia) a través del ministerio del futuro Remanente judío.

Esos mismos hombres ven en las profecías del Antiguo Testamento acontecimientos *que ya* se han cumplido, de modo que, para ellos, la historia explica la profecía: se trata de un grave error. No negamos en absoluto que haya un cumplimiento histórico parcial de las profecías del Antiguo Testamento (y es precisamente esto lo que las distingue de las del Nuevo Testamento, que nos introducen de inmediato en los últimos tiempos), pero este cumplimiento parcial *nunca* es la última palabra de la profecía, pues eso sería, como dice el apóstol, darle una interpretación «por cuenta propia» (2 Pe. 1:20). Es un axioma elemental en el estudio de la profecía que, aunque a menudo tenga un cumplimiento parcial en el pasado, “no se interpreta a sí misma”. Su significado no se encuentra en un pasaje aislado que contenga en sí mismo su propia solución. Solo puede entenderse según el pensamiento del Espíritu de Dios, que la dictó por boca de «hombres de Dios». Si nos habla de lo que *hoy* es pasado, nunca se detiene ahí, y solo señala en los acontecimientos venide-

ros analogías con las cosas por venir. Sea cual sea la perspectiva que nos abre, la profecía *siempre* culmina en Cristo. Anuncia «el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo» (2 Pe. 1:16). Al revelar de antemano testimonio «de los padecimientos de Cristo», proclama «las glorias que los seguirán» (1 Pe. 1:11). Y, dado que los juicios forman parte de las glorias de Cristo, la profecía también nos los revela: dan a *conocer su justicia* a los habitantes del mundo (Is. 26:9).

Al hablar así, no pretendemos haber definido el alcance de la profecía, sino haber mostrado a dónde conduce siempre. De hecho, el profeta comienza por constatar el estado moral de Israel (y, en el Nuevo Testamento, de la Iglesia de Cristo); y pone de manifiesto su ruina total e irremediable, a pesar de los llamamientos apremiantes que les impulsan al arrepentimiento; anuncia los juicios que alcanzarán a este pueblo en el presente y en el futuro, y la restauración final de un «Remanente fiel» bajo el cetro glorioso de Cristo. En cuanto a las naciones, a las que Dios ha confiado el poder tras el fracaso de su pueblo y a las que emplea como vara contra él, el profeta muestra su inminente juicio, con el fin de fortalecer la fe de los fieles; pero, dado que la restauración de Israel solo tendrá lugar durante el glorioso reinado del Mesías, el juicio de las naciones no se cumplirá plenamente hasta el establecimiento de dicho reinado.

La profecía debe, pues, culminar, como hemos dicho, en el poder y la venida de Cristo en su reino. El reino es, en efecto, su objetivo específico. No es, como en el cristianismo, la revelación de *los designios celestiales de Dios respecto a la Iglesia*, sino la *de su reino en la tierra y de los caminos por los que Él lo instaurará*. Esto es tan cierto que incluso el profeta Amós, quien, más que cualquier otro profeta, solo habla de acontecimientos próximos y a corto plazo –puesto que su tema son los caminos del actual gobierno de Dios hacia los hombres– Amós, digo, hace que esos caminos culminen en *el día del Señor* (Amós 9:11-15). Sin duda, menciona este último brevemente, en unos pocos versículos, pero eso basta para demostrarnos que el reinado glorioso de Cristo es el objetivo que contempla el profeta.

Lo mismo ocurre con el profeta Abdías, objeto de este estudio. Las últimas palabras de su breve profecía son: «El reino será de Jehová». Pero, además, Abdías presenta una particularidad común a la mayoría de los profetas, salvo Amós. *Un acontecimiento pasado no es más que la imagen y, por así decirlo, el preludio de los acontecimientos futuros*. Basta con comparar a Edom en el primer capítulo de Amós y en Abdías para convencerse de ello. Amós anuncia, en relación con Edom (1:11-12), acontecimientos que tuvieron lugar menos de 2 siglos después de su profecía, y no va más allá. Abdías, al contemplar un acontecimiento que acaba de producirse –la

toma de Jerusalén por Nabucodonosor– ve en él una analogía con el papel de Edom en los acontecimientos del fin que precederán al establecimiento definitivo del reino de Cristo.

Este último hecho es negado rotundamente por los comentaristas a los que nos hemos referido, ya que su *razón* se opone a la reaparición, en la escena mundial, de naciones que hoy parecen completamente extinguidas. Por eso, lo repetimos, los designios de Dios, contenidos en su Palabra, y la profecía en particular, son inexplicables para la razón humana. Por eso son bienaventurados *los sencillos*, pues de ellos se dice: «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples» (Sal. 119:130). Que se dejan, pues, instruir por la Palabra, y buscan solo en ella la luz para comprenderla: «En tu luz veremos la luz» (Sal. 36:9). Que no intentan siquiera colmar, mediante las ciencias, las aparentes (pero en absoluto reales) lagunas de la Palabra de Dios, ni completar aquello sobre lo que la Escritura ha guardado silencio. Cuando Dios habla, que digan como Samuel: «Habla, Jehová, que tu siervo oye» (1 Sam. 3:9); y, cuando Dios calla, que digan con el salmista: «Guarda la puerta de mis labios» (Sal. 141:3). Quizá Dios les revele la causa de su silencio cuando su confianza en Él haya sido puesta a prueba y entonces encuentren, en ese mismo silencio, nuevas instrucciones. Por último, que no intenten saberlo todo ni explicarlo todo *de una vez*.

Las riquezas de Cristo se nos comunican gradualmente por medio del Espíritu Santo, que nos revela a Dios en su Palabra. El minero, al seguir una veta de oro, va recogiendo poco a poco su producto. Para obtener mucho, no debe perder de vista la preciosa veta que, en un momento de distracción, podría escapar a su mirada. Es cierto que un día la cosecha será escasa, y otro día el descubrimiento de un lingote rico llenará de gozo al minero; pero, tanto si descubre poco como mucho, siempre se trata del mismo metal noble, cuyo valor total se pondrá de manifiesto al final de la explotación. Lo mismo ocurre con nosotros cuando nos dedicamos a estudiar la Palabra bajo la guía del Espíritu Santo. Si nunca perdemos de vista a Cristo, no nos extraviaremos. Siempre haremos algún nuevo descubrimiento de sus glorias. Unas tendrán un carácter más amplio que otras, pues las glorias de Cristo pueden ser celestiales o terrenales, pero unas y otras contribuyen a formar la incomparable corona que Dios quiere colocar un día sobre la cabeza de su Amado, cuando él entre en su reino como Hijo del hombre, Rey de Israel, Rey de las naciones y Rey de gloria.

2 - Edom: su pasado, su presente y su futuro

“Esaú es Edom”. Así se expresa en 3 ocasiones el capítulo 36 del Génesis. El carácter de esta nación le fue transmitido por su padre con rasgos imborrables. Veamos en qué consiste.

Esaú no recibió el nombre de Edom al nacer. Dios quería ilustrar a través de él, como primogénito de los gemelos de Rebeca, uno de los grandes principios de su gobierno. Este principio era el de la libre elección de Dios según la elección de gracia. Por eso Dios no concede la primogenitura a Esaú, el primogénito, sino que se la confiere a Jacob por su propósito firme y su soberanía. Esta revelación de la elección de Dios no se hizo ni a Jacob, ni a Esaú, ni siquiera a Isaac, su padre, sino a Rebeca, quien, antes del nacimiento de sus hijos, había acudido a consultar a Jehová ([Gén. 25:23](#)). Fue entonces cuando Dios le dijo: «El mayor servirá al menor». En esta frase no se trata, en modo alguno, de una maldición pronunciada contra Esaú, pues, antes de que nacieran, ninguno de esos niños había «hecho ni cosa buena ni mala» ([Rom. 9:11](#)); pero Dios reivindicaba así su derecho a elegir a los herederos de la promesa. La maldición no se pronunció contra Esaú hasta que, a lo largo de su dilatada historia, Edom rechazó todas las llamadas de la gracia ([Mal. 1:3](#)).

Al principio, Dios solo le quitaba a Esaú la autoridad sobre su hermano y el derecho a la herencia; no le privaba, ni siquiera tras su acto profano, de las bendiciones accesorias. Por eso Isaac, aunque conservó, en contra de sus deseos y su voluntad, la prerrogativa de primogénito para Jacob bendijo también a Esaú, su hermano. «*Por la fe* Isaac bendijo a Jacob y a Esaú respecto al porvenir» ([Hebr. 11:20](#)). A Esaú le quedaba una bendición real, aunque de mucho menor valor que la de su hermano: «Será tu habitación en grosuras de la tierra, y del rocío de los cielos de arriba; y por tu espada vivirás, y a tu hermano servirás», pues lo que se le había prometido a Jacob: «Sé señor de tus hermanos» ([Gén. 27:29](#)), no podía revocarse. Solo el patriarca añade: «Y sucederá cuando te fortalezcas, que descargarás su yugo de tu cerviz» ([Gén. 27:39-40](#)).

Esta profecía de Isaac se cumplió. La espada siempre ha dominado la historia de Edom. Con la espada se apoderó del monte Seir y exterminó a los horeos que lo habitaban antes que él ([Gén. 36:21](#)); luchó continuamente contra los hijos de Israel e incluso contra sus vecinos más cercanos, como Moab. Con la espada rompe finalmente el yugo de Judá y se libera de él «hasta hoy» ([2 Reyes 8:20-22](#)); con la espada saquea más tarde Jerusalén y se apodera de los cautivos de Judá ([Sal. 137:7](#); [Amós 1:11](#)); por fin, con la espada amplía su territorio a expensas de Judá y de Simeón,

pues, a la larga, impulsado por su odio y su ambición, quiere disputarse «mi tierra por heredad» (Ez. 36:5). De ahí el nombre de Idumea, región que se extiende mucho más allá del monte Seir (Marcos 3:7).

Esau es, pues, Edom, pero no desde el primer capítulo de su historia. Adquiere ese nombre cuando se muestra *irreverente* respecto a su derecho de primogenitura (Hebr. 12:16), que creía que le pertenecía (pues, repito, la sentencia de Dios solo se había revelado a Rebeca) y que aún no le había sido arrebatado por la astucia de Jacob. “Por un solo plato” vendió ese derecho, despreció el don de Dios y le prefirió la satisfacción momentánea de una necesidad carnal. Así fue como se privó de la bendición y fue *rechazado*, no por el hecho de su nacimiento, sino por su desprecio hacia los dones divinos (Hebr. 12:17); y fue *entonces* cuando recibió el nombre de Edom, en alusión a estas palabras: «Te ruego que me des a comer de *ese guiso rojo*» (Gén. 25:30).

Desde ese momento, la actitud profana de Esaú caracteriza a la nación que desciende de él, una nación que desprecia a los hijos de Israel y al Dios que los ha convertido en objeto de sus promesas. A este primer rasgo se suma otro. La *ira* de Esaú se enciende contra Jacob, cuya astucia supo aprovecharse de su indiferencia hacia el don de Dios. Esta ira degenera en un *odio* asesino. «Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido, y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo *mataré* a mi hermano Jacob» (Gén. 27:41). Estos designios homicidas, que recuerdan a los de Caín hacia Abel, quedaron frustrados por la prolongación de la vida de Isaac, cuya muerte era, a ojos de Esaú, el límite hasta el que quería posponer su venganza. Esto explica también que el odio de Esaú no se manifestara cuando los 2 hermanos se encontraron tras cruzar el vado de Jaboc, y que incluso lo disimulara bajo una apariencia generosa, a pesar de la inquietante presencia de sus 400 hombres de guerra y de su ambigua oferta de dejar a una parte de ellos con su hermano (Gén. 32:6; 33:15). Los 2 hermanos tenían 120 años cuando enterraron a Isaac, que tenía 180 años (Gén. 35:27-29).

A partir de entonces, al no poder vivir juntos debido a sus numerosos rebaños –nueva prueba de la bondadosa providencia de Dios, que liberaba así a Jacob de una amenaza perpetua– Esau tuvo que marcharse a la tierra de Seir, lejos de su hermano Jacob (Gén. 36:8). Sin embargo, ya antes de esa época habitaba una parte de la llanura que se extendía por diversos lados en la llanura (Gén. 14:6), y que se denominaba «la tierra de Seir, campo de Edom» (Gén. 32:3). Los hijos de Esaú se apoderaron entonces de la *montaña* de Seir, cuyo pueblo primitivo, los horeos, exterminaron o sometieron (Gén. 36:20; 14:6). Este pueblo, cuyo nombre proviene, como es sabido,

de Hor, “caverna”, era troglodita. Edom, que le sucedió, se adaptó a estas viviendas excavadas en la roca, que aún hoy perduran (Jer. 49:16; Abd. 3). El monte Seir, llamado también en Abdías «el monte de Esaú» (Abd. 8-9, 19, 21), situado entre Elat, en la parte oriental del mar Rojo, y el extremo meridional del mar Muerto, se convirtió así en el dominio principal y, por así decirlo, en la patria de Edom.

Los celos, el odio de Esaú y su sed de venganza se transmitieron a su descendencia. Amalec era un descendiente directo de Esaú, de quien era nieto por parte de Elifaz (Gén. 36:12). Su hostilidad implacable contra Israel estalló tan pronto como este pueblo salió de Egipto para entrar en Canaán. Amalec es el aterrador símbolo del odio de Satanás contra el pueblo de Dios, por lo que Jehová declara que estará en guerra contra él de generación en generación (Éx. 17:16). En el momento de su primer ataque, Amalec ocupaba una parte de los desiertos de Parán y de Shur, que cierran el acceso a Palestina por el sur. Una vez que Israel tomó posesión de su heredad, Jehová esperó al momento en que Saúl fuera ungido como rey para ordenarle la destrucción de Amalec; pero Saúl perdonó la vida a Agag y conservó lo mejor del ganado menor y mayor, y Dios le hizo decir por medio de Samuel: «Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey» (1 Sam. 15:9, 23). David, por el contrario, incluso antes de asumir la realeza, combatió a Amalec y lo exterminó (1 Sam. 27:8-12; 30:1-20). Este pueblo fue aniquilado; en tiempos de Ezequías, su territorio, junto con una parte de la montaña de Seir, fue ocupado por la tribu de Simeón (1 Crón. 4:42); pero más tarde, reconquistado por Edom, quedó incluido en Idumea bajo el yugo romano (Marcos 3:7). En el libro de Ester, somos testigos, en la figura de Amán, el enemigo implacable de los judíos, del último esfuerzo de Amalec por destruir al pueblo de Dios. Este libro es un tipo de la historia profética de Israel en los últimos tiempos [1]. Así, vemos reaparecer a Amalec en la confederación final de los pueblos que se alían contra Israel (Sal. 83:7).

[1] Vean «Meditaciones sobre el libro de Ester», de H. R.

NdE. Todos los libros anunciados se encontrarán progresivamente en este portal, si Dios lo permite.

Los edomitas tenían jefes; también tuvieron reyes que «reinaron en la tierra de Edom, antes que reinase rey sobre los hijos de Israel» (Gén. 36:31-39). Fue un rey de Edom quien negó el paso al pueblo de Dios (Jueces 11:17).

El carácter belicoso de Edom, unido a su odio inveterado, lo sumió en un conflicto continuo con Israel, y las victorias de este último sobre él no hicieron más que avivar

su sed de venganza y de muerte. Esa maldad perpetua tuvo su castigo. Saúl derrotó a Edom (1 Sam. 14:47); David lo derrotó en el valle de la Sal (1 Reyes 11:15-16; 2 Sam. 8:13-14) y estableció guarniciones en su territorio. Solo en una ocasión Edom se alió con Israel y Judá, bajo el reinado de Joram y Josafat, para hacer la guerra a Moab, una alianza antinatural que, sin duda, no benefició a Israel. Ese mismo Edom (los moabitas de la montaña de Seir), aliado con Moab y Amón, se rebeló más tarde contra Judá, su antiguo aliado, y fue destruido por Jehová en el valle de Beraca, ante Josafat y su pueblo (2 Crón. 20:1, 10, 22). Durante el reinado de Joram, los edomitas fueron derrotados por este rey, pero se rebelaron contra su dominio y se eligieron de nuevo un rey (2 Reyes 8:20). Mantuvieron su independencia durante medio siglo (2 Crón. 21:8); fueron derrotados por el fiel Amasías (2 Reyes 14:7; 2 Crón. 25:11, 12); se rebelan contra Judá bajo el impío Acáz y se convierten en el azote de Dios contra él (2 Crón. 28:17).

Por fin, para colmo de su odio incesante, se alían con Babilonia y con los enemigos de los judíos, en los días de la calamidad de Judá y Jerusalén (Jer. 49; Ez. 25:35; Sal. 137:7). A raíz de esta última transgresión, los profetas pronuncian una maldición sobre Edom (Is. 34:9-11; 63:1-6; Jer. 49; Lam. 4:21; Ez. 25:12-14; Amós 1), que a su vez se convierte en presa de Nabucodonosor, el devastador babilónico (Jer. 49:22; comp. con 48:8, 32, 40). Tal es, según las Escrituras, la historia de Edom en el pasado.

En la *actualidad*, esta historia se resume en 2 palabras. Edom *ha desaparecido* de la escena y ya no queda rastro alguno de él. Según los historiadores, fue sustituido por los nabateos, a quienes algunos consideran los Nebaioth, descendientes de Ismael y emparentados con Edom (Gén. 25:13; 36:3). A pesar de todas las investigaciones y disertaciones de los eruditos, “pocos puntos de los anales antiguos de Oriente permanecen, según Lenormant [2], envueltos en una oscuridad tan densa”. Mencionamos estas palabras para poner de relieve la incertidumbre de la tan alabada ciencia histórica, frente a las certezas absolutas que nos presentan los relatos bíblicos. Cuando a Dios le place callar, la sabiduría del hombre se extravía. La historia de los tiempos que precedieron a la creación del hombre es una de las 1.000 pruebas de ello; la historia de Edom, en su marco tan reducido que parece fácil abarcarla de un solo vistazo, es otra. Al no tener competencia alguna para abordar estas cuestiones, por mucho interés que puedan presentar para la curiosidad del hombre, y siendo nuestro único objetivo edificar a los hijos de Dios en la plena suficiencia de las Escrituras, nos limitamos a constatar esta omisión.

[2] NdT. François Lenormant (1837-1883): Los orígenes de la historia según la Biblia y las tradiciones de los pueblos orientales, publicado entre 1880 y 1884.

La Palabra nos enseña que, en el pasado, una tormenta puso fin, en diversas épocas, primero a la existencia de las 10 tribus y, después, a la de todos los pueblos que rodeaban las fronteras de Palestina, como Edom, los amalecitas, Moab, Amón y los filisteos. De estas naciones, las 3 últimas, destruidas en su día por Nabucodonosor, han estado –y parecen seguir estando hoy en día– ocupadas por los “hijos del Oriente”, los Beni-Kedem, árabes descendientes de Ismael (Ez. 25:1-11; Gén. 29:1; Job 1:3; Jueces 6:3, 33; 7:12; 8:10), a quienes Nabucodonosor también había conquistado en el pasado (Jer. 49:28). Todos los pueblos que hemos mencionado ya no ocupan el escenario mundial, pero la Palabra de Dios nos enseñará que, sumidos en el sueño y el silencio, esperan el día de su resurrección nacional y el de su juicio definitivo. Ese día llegará y, para demostrárnoslo, veremos cómo a la actual escasez de información le seguirán documentos *auténticos* –*porque son divinos*– sobre la historia de Edom en los últimos tiempos, historia que nos ocupará en el estudio del profeta Abdías.

Acabamos de ver que el creyente posee, sobre el pasado de Edom, un documento fidedigno, el Libro de Dios; y que, dado que Dios guarda a propósito silencio sobre el presente de este pueblo, nos vemos reducidos, en lo que a él respecta, a la incertidumbre de la ciencia humana. Por ello, el simple creyente concluirá que la sabiduría consiste para él no en ocuparse del presente –sobre el que Dios no nos ha revelado nada– sino en buscar en la Palabra lo que esta nos revela acerca del futuro. ¿Cuál es, pues, según la Escritura, el futuro de Edom?

Un detalle notable: todos los acontecimientos proféticos de los últimos días están relacionados con una *resurrección nacional* de los pueblos y los imperios, hasta tal punto que casi se podría decir al respecto, como Pablo: «¿Por qué os parece increíble que Dios resucite a los muertos?» (Hec. 26:8). Este retorno a la vida preparará el juicio definitivo de estas naciones, con vistas al establecimiento del reino de Cristo en la tierra, el único reino que nunca se verá sacudido. La profecía siempre tiene en mente este reino terrenal; el reino celestial, en el que serán introducidos los santos glorificados y la Iglesia, no pertenece propiamente al ámbito profético, sin estar por ello absolutamente excluido de él (vean Apoc. 4:5; 19-21); pues las 2 esferas del reino, la celestial y la terrenal, estarán en comunicación habitual entre sí.

Así pues, en el ámbito terrenal de la profecía, encontramos un resurgimiento del

Imperio romano, que en su día fue herido de muerte ([Apoc. 13:3; 17:8](#)); un resurgimiento nacional de Israel ([Ez. 37](#)); un resurgimiento de Asiria ([Dan. 11:40-45](#) y todo el libro de Isaías); un resurgimiento de *todas* las naciones, hoy extintas, y su juicio final en el valle de Josafat ([Sal. 83; Joel 3](#)). *Edom* se cuenta entre estas últimas ([Joel 3:19](#)).

Muchos comentaristas consideran que la idea de una resurrección nacional es un error derivado de la “literalidad de cierta escuela”, cuyas visiones proféticas desprecian por considerarlas contrarias al sentido común. De hecho, su oposición se deriva de la propia forma en que consideran la Biblia. Es, dicen, una “serie de documentos” sujetos a la crítica como una “ciencia histórica”; una afirmación peligrosa que echa por tierra de antemano la autoridad absoluta y divina de las Escrituras. Sí, «toda la Escritura está inspirada por Dios» ([2 Tim. 3:16](#)) y forma parte de la «Palabra de Dios», que es «la verdad», la verdad nunca estará del lado de quienes se permiten criticar esa inspiración. Para el simple creyente, toda la cuestión que nos ocupa se reduce a esto: ¿qué dice la Escritura? ¿Habla claramente del futuro del mundo y de las naciones? Si es así, el cristiano se somete a su autoridad. Pero esta autoridad no basta a la teología actual, que siente la necesidad de controlarla mediante *la autoridad de la ciencia*, erigiendo así a esta última en jueza de los pensamientos de Dios. Ante una pretensión tan monstruosa, el creyente que ha encontrado la vida eterna en la Palabra de Dios, y cuya vida se sustenta a diario por esa misma Palabra, el creyente, digo, no hace caso alguno de las dudas y negaciones de esa ciencia falsamente llamada así, y se contenta con extraer la verdad de la Palabra de Dios.

La reaparición de las naciones en los últimos días está íntimamente ligada a la de *las 10 tribus de Israel*, cuya restauración parece tan imposible, si no más, como la de Edom. En cuanto a la tribu de Judá, inmensa multitud que hoy lleva los rasgos indelebles de su raza entre todas las naciones del mundo, innumerables pasajes de los escritos proféticos nos muestran que regresará a su tierra. Pero ¿qué ha sido de las 10 tribus desde su deportación por Salmanasar, rey de Asiria? (721 a.C.) ¿Han desaparecido! ¿Adónde? ¿En qué países? ¿Entre qué pueblos de la tierra? ¿Total oscuridad! Sin embargo, no han faltado investigaciones al respecto: cuántas veces se creyó que estaban a punto de dar fruto... esas esperanzas se han visto frustradas. Ni en China ni en ninguno de los países a los que Dios declara que las traerá de vuelta se ha encontrado el más mínimo rastro de ellas. Pero *Dios* sabe dónde están escondidas; él las ve y las encontrará. Eso nos basta.

Esta restauración de las 10 tribus, que al final de los tiempos volverán a su heredad, se nos presenta en multitud de pasajes de las Escrituras, de los que nos limitaremos

a citar algunos.

Al referirse a las 10 tribus, a las que se denomina constantemente *Efraín e Israel*, el profeta Jeremías dice (cap. 31): «Aún plantarás viñas en los montes de Samaria... Porque habrá día en que clamarán los guardas en el monte de Efraín: Levantaos, y subamos a Sion, a Jehová nuestro Dios» (v. 5-6). «Oh Jehová, salva a tu pueblo, el remanente de Israel. He aquí yo los hago volver de la tierra del norte, y los reuniré de los fines de la tierra... Con misericordia los haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito» (v. 7-9). «Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová, y los hijos volverán a su propia tierra» (v. 17). «Escuchando, he oído a Efraín que se lamentaba: Me azotaste, y fui castigado como novillo indómito; conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios» (v. 18). Los versículos 21 al 26 de este mismo capítulo muestran el restablecimiento de los cautivos de *Judá*; luego, *la reunión de la casa de Israel con la casa de Judá* y el nuevo pacto establecido con *todo* el pueblo.

En *Isaías 49*, Jehová le dice al Mesías: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las *tribus de Jacob*, y para que *restaures el remanente de Israel*». A continuación, viene la conmovedora descripción de su regreso a la tierra de su heredad: «He aquí éstos vendrán de lejos; y he aquí éstos del norte y del occidente, y estos de la tierra de Sinim» (v. 6-11; 12-26).

Ezequiel 20:34-38 describe el regreso de las 10 tribus, muy diferente al de Judá, que será juzgado *en su propia tierra*, mientras que los *rebeldes* de Israel serán juzgados *en el camino*, como antaño el pueblo que salió de Egipto en el desierto, y «a la tierra de Israel no entrarán».

Ezequiel 37 nos habla, mediante una imagen impactante, de la futura resurrección nacional del pueblo de Dios. «*Todos* estos huesos son la casa de Israel» (v. 11), es decir, también las 10 tribus, es decir, Efraín, a quienes Jehová reúne de todas partes y hace entrar en su tierra, para que «*Judá...* y José» vuelvan a ser «uno solo» (v. 16-17, 21-22).

Zacarías 10 dice: «Fortaleceré la casa de Judá, y guardaré la casa de José, y los haré volver... Y será Efraín como valiente... Yo los llamaré con un silbido, y los reuniré... Porque yo los traeré de la tierra de Egipto, y los recogeré de Asiria; y los traeré a la tierra de Galaad y del Líbano, y no les bastará» (v. 6-12).

Terminemos estas citas con el notable pasaje de *Isaías 11*, que nos servirá de transi-

ción para la reaparición de Edom en los últimos días en la escena profética. En los versículos 1 al 10 de este capítulo, encontramos el retrato del Mesías, que viene en la plenitud del Espíritu de Dios e introduce en la tierra su reino de paz milenaria. «Acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto, Patros, Etiopía, Elam, Sinar y Hamat, y en las costas del mar. Y levantará pendón a las naciones, y juntará *los desterrados* de Israel, y reunirá los *esparcidos de Judá* de los cuatro confines de la tierra» (v. 11-12). Entonces las 2 naciones se reunirán como al principio de su historia: «*Efraín* no tendrá envidia de *Judá*, ni *Judá* afligirá a *Efraín*» (v. 13). Se trata, pues, de una escena totalmente futura. Pero he aquí que, con el despertar de *Judá* y de las 10 tribus, y su unión en una sola entidad, sus antiguos adversarios también se han despertado: «Volarán sobre los hombros de los *filisteos* al occidente, saquearán también a *los de oriente*; *Edom* y *Moab* les servirán, y *los hijos de Amón* los obedecerán» (v. 14).

Este pasaje nos lleva, pues, a la reaparición de Edom en los últimos días. Citemos, a este respecto, los siguientes pasajes:

Números 24:17-18. Balaam anuncia que, en un tiempo futuro, «Saldrá *estrella* de Jacob, y se levantará cetro de Israel». Esta profecía se habría cumplido según **Mateo 2:2, 7-10**, si el pueblo no hubiera crucificado a su Mesías. Se cumplirá más adelante, cuando Cristo, antaño rechazado, restablezca sus relaciones con Israel y establezca su reino en la tierra. Entonces se cumplirá lo que se nos dice a continuación: «Aplastará la frente de Moab y derrumbará a todos los hijos de tumulto. *Edom* será una posesión, también será una posesión *Seir*, su enemigo; mientras que Israel se conducirá con valor» (LBLA). Nada parecido ha ocurrido hasta el día de hoy. El cetro de Cristo aún no se ha alzado; Israel aún no ha actuado con poder y aún no se ha apoderado de Edom. Ese Edom, desaparecido hoy en día, deberá renacer, pues, para convertirse en presa «de las manos de Israel».

Salmo 108:7-11. – En este cántico de triunfo, que bien podría salir tanto de la boca del Mesías como de la de un Israel restaurado, con el pueblo de nuevo plenamente reunido (v. 8), el salmista exclama: «Moab, la vasija para lavarme; sobre *Edom* echaré mi calzado; me regocijaré sobre Filistea... ¿quién me guiará hasta *Edom*?» La respuesta es que será *Dios*, quien había rechazado al pueblo y no había salido con sus ejércitos. Así pues, durante la restauración de Israel, tras su largo rechazo que aún perdura, *Edom*, al igual que todas las naciones vecinas, será conquistado por el pueblo de Dios.

Salmo 83:6-8. – Este Salmo es evidentemente profético, como, por lo demás, todos los Salmos. La confederación de pueblos de la que aquí se habla, y de la que Edom tomó el liderazgo, nunca llegó a formarse [3]. Es Edom, en efecto, quien se sitúa al frente de esta coalición cuyo objetivo es “apoderarse de las moradas de Dios”. Asiria se une a ellos, no para dirigirlos, pues este asirio de los últimos tiempos no parece liderar en persona el primer ataque contra Jerusalén, el primer asedio futuro de esta ciudad; se reserva para la invasión definitiva, a su regreso de Egipto, y es entonces cuando «llegará a su fin» (Dan. 11:45). En la historia no ha ocurrido aún nada semejante a este primer asedio. Ya lo hemos explicado en otra parte [4]. Lo que destacamos aquí es que Edom reaparece al final de los tiempos junto con naciones, hoy destruidas como él, que intentarán apoderarse de Jerusalén, pues, salvo por la presencia de Edom, la toma de Jerusalén por Nabucodonosor no guarda relación alguna con lo que aquí se nos presenta.

[3] Para dar una idea de las dificultades con las que se debaten algunos comentaristas piadosos, por haber subestimado el carácter profético de los Salmos, cito a uno de ellos, en relación con este pasaje. “¿Cuándo se produjo una coalición tan universal? Uno puede dudar entre 2 épocas: la de Josafat (2 Crón. 20) y la de los Macabeos (1 Mac. 5). Bajo el mando de Judas Macabeo, los judíos tuvieron que luchar, en efecto, contra todos los pueblos que los rodeaban, incluidos los tirios, que, de no ser por ello, nunca se mencionan como enemigos en estado de hostilidad abierta contra Israel (?). Pero, por otra parte, en aquella época, los amalecitas llevaban mucho tiempo destruidos (1 Crón. 4:42-43). Moab no existía como nación; por último, la mención de Asiria resultaría sorprendente en ese momento, ya que el imperio de Nínive había caído hacía mucho tiempo, y si se quisiera interpretar el nombre de Asur como una designación del reino de Siria, no se entendería que se situara en último lugar (v. 9) como uno de los menos importantes. Por lo tanto, pensamos más bien que se trata de la formidable invasión narrada en 2 Crónicas 20. Es cierto que este relato solo habla de los moabitas y los amonitas, a los que se había unido Edom. Son estos pueblos los que, en nuestro Salmo, parecen ser los impulsores del levantamiento de escudos (v. 9). Habría que admitir que su ejército incluía destacamentos de nómadas ismaelitas y amalecitas, y que los filisteos y Tiro, sin haber tomado aún las armas, se disponían a unirse a la coalición”. Esta frase nos parece suficiente para condenar todo un sistema de interpretación que ignora el alcance de la

profecía, busca adaptarla a acontecimientos pasados y olvida su objetivo: el establecimiento en toda su potencia del reino de Cristo mediante los juicios.

[4] La historia profética de los últimos días y los Cánticos de los Grados, por H. R. (p. 31).

Isaías 34:1-8. – «Jehová está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas». Es el fin de los tiempos, el juicio que precede al reino de Cristo (comp. con el v. 4 con **Apoc. 6:13-14**). Se trata, en particular, de la espada que desciende sobre Edom y de los «sacrificios en Bosra», la destrucción en Edom de los ejércitos de la gran confederación occidental, una subversión como la del primer capítulo del Génesis (comp. el v. 11 con **Gén. 1:2**).

Isaías 63:1. – «¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿este hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar». El Mesías aparece aquí, viniendo *de Edom*, de Bosra. Es él quien ejerce la venganza y «entre *los pueblos*, ningún hombre ha estado con él (fíjense en que solo se excluye aquí a Israel). ¿Puede asimilarse este pasaje en algo a la historia pasada de Edom? Los juicios de esta nación siempre han sido ejecutados por «los pueblos» (v. 3); aquí los ejecuta Jehová mismo. El intento de espiritualizar una escena así no hace más que demostrar la incapacidad de aceptar sencillamente la enseñanza de la Palabra. Edom se encontrará, pues, al final de los tiempos, en el momento en que el Señor ejercerá el terrible juicio que pondrá en sus manos las riendas del reino.

Jeremías 49:7. – En el capítulo 48, «haré volver a los cautivos de Moab en lo postrero de los tiempos, dice Jehová» (v. 47). Lo mismo ocurre en el capítulo 49:6 con los hijos de Amón. Sin embargo, Edom no tendrá ningún remanente, pues, como veremos en Abdías, ni aun «resto quedará de la casa de Esaú» (v. 18). Por lo tanto, estos 3 pueblos existirán al final de los días para ser juzgados, pero los 2 primeros no serán totalmente aniquilados, mientras que Edom sí lo será.

Lamentaciones 4: 21-22. – La hija de Edom beberá la copa y su iniquidad será castigada cuando la iniquidad de la hija de Sion haya llegado a su fin. Estos 2 hechos son contemporáneos y habría que estar ciego para no ver que se trata aquí de un tiempo futuro, y que Jerusalén sigue cargando hoy con su iniquidad y está pisoteada por las naciones.

[Ezequiel 25:12-24](#). – Mientras que Amón y Moab están entregados a los hijos del Oriente (es decir, como hemos visto, su historia pasada), Edom, que se ha vengado cruelmente de la casa de Judá y se ha hecho muy culpable para con ella, caerá bajo la venganza de Jehová ejercida por mano de su pueblo Israel. Al ser imposible adaptar este pasaje a la historia, los comentaristas admiten que esta profecía “se extiende hasta los últimos tiempos. Entonces se verá cómo el poder del paganismo, representado por Edom, se derrumba ante el reinado de Cristo, procedente de Judá”. (!) Tal forma de comentar las Escrituras lleva en sí misma su propia condena. Así como en [Isaías 34](#) y [63](#) se ve al Señor ejerciendo la venganza sobre los ejércitos reunidos en Edom, sin ningún auxilio por parte de las naciones –por lo tanto, de una manera totalmente diferente a como lo hizo en el pasado– así también se servirá de Israel para ejercer la venganza sobre el propio Edom.

[Ezequiel 35](#) reviste un interés muy especial para el tema que nos ocupa: la reaparición de Edom en los últimos días. Se trata aquí del «tiempo del castigo final», en el que los hijos de Israel serán entregados al «poder de la espada, en el tiempo de su calamidad» (v. 5). Ahora bien, toda la profecía nos revela la apostasía de los judíos que habrán regresado a su país en los últimos tiempos, para caer allí bajo el yugo del Anticristo. En aquel tiempo, Edom, como hemos visto en el [Salmo 83](#), se pone al frente de la confederación de pueblos que, favorecidos por el futuro asirio, quieren “tomar posesión de las moradas de Dios” (v. 12). Edom dice: «Las dos naciones y las dos tierras serán mías, y tomaré posesión de ellas» ([Ez. 35:10](#)). «Destruídos son, nos han sido dados para que los devoremos» (v. 12). Sabemos también que, en el momento de este último esfuerzo de los enemigos de Israel, el Señor manifiesta su gloria ante los ojos del débil Remanente de Jerusalén, como un anticipo del reino que va a establecer ([Zac. 14:4](#)), lo que lleva al profeta Ezequiel a decirle a Edom: Tú has dicho: «Las dos naciones serán mías... *estando allí Jehová*» (v. 10). Esto hace que Edom sea doblemente culpable de su «enemistad perpetua» (v. 5), por lo que queda excluido para siempre: «Para que toda la tierra se regocije, yo te haré una desolación» (v. 14).

[Daniel 11:41](#). – Cuando el rey del Norte, el asirio del fin, al entrar en conflicto con Egipto (el rey del Sur) invada la tierra de Israel, «estas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón». Esta profecía no guarda relación alguna con los acontecimientos actuales. Basta con citarla aquí, sin más explicaciones, para demostrar lo que queremos probar: que estas naciones seguirán existiendo tras la destrucción del asirio, último acto que precederá al establecimiento del reino de Cristo (v. 45). ¡Todo esto lo aplican los teólogos –que solo ven en la profecía el

cumplimiento de acontecimientos históricos– a una expedición dudosa de Antíoco contra Ptolomeo VI Filométor!

Joel, cuya profecía trata únicamente del «día de Jehová» [5], es decir, del día del fin, dice: «Edom será vuelto en desierto asolado, por la injuria hecha a los hijos de Judá; porque derramaron en su tierra sangre inocente. Pero Judá será habitada para siempre, y Jerusalén por generación y generación» (3:19-20). Una visión totalmente profética, relativa al establecimiento del reino, tras el juicio nacional de los pueblos en el valle de Josafat.

[5] Vean «El libro del profeta Joel», de H. R.

Malaquías 1:3-5. – Llegamos aquí al final de la historia de Edom. Cuando todos los intentos de Jehová por hacer que volviera a Él no hicieron más que avivar su odio, Dios dijo: «A Esaú aborrecí». Entonces Dios lo juzga *definitivamente*. Edom, en su rebelión perpetua, exclama: «Nos hemos empobrecido, pero volveremos a edificar lo arruinado; así ha dicho Jehová de los ejércitos». Entonces, habiendo llegado al límite su paciencia, Dios dice, por medio del último profeta: «*¡Ellos edificarán, y yo destruiré!*»

Todas las citas que acabamos de hacer, y que quizá hayan agotado la paciencia de nuestros lectores, eran *necesarias* para demostrar, sin lugar a duda, la resurrección de Edom en el futuro. Los acontecimientos proféticos están vinculados a este principio de la reaparición, en los últimos tiempos, de naciones desaparecidas hace mucho tiempo. Ojalá estas explicaciones basten para reducir a la nada todo un sistema de interpretación profética que falsea la Palabra de Dios, menosprecia su autoridad, resta todo significado a los acontecimientos del fin y, en definitiva, desvía la mirada de Cristo y de sus glorias para dirigirla hacia acontecimientos pasados sin relevancia moral para el corazón y la conciencia.

Al dirigir estas líneas a mis hermanos en Cristo sobre los que este sistema ejerce su influencia –pues no me dirijo a los eruditos racionalistas e incrédulos– les suplico que desaprendan lo que han aprendido en esa escuela y vuelvan a la sencillez de la fe en la autoridad absoluta de las Escrituras. Si ven con claridad un punto aparentemente tan secundario como el que acabamos de tratar, tendrán los ojos abiertos ante otros puntos más importantes y podrán valorar el peligro de aplicar al estudio de la Palabra de Dios los métodos críticos del hombre. ¡Por desgracia! Ya incluso los más respetables entre ellos no dudan en felicitarse de que la doctrina de la “inspiración literal haya muerto de muerte natural en los círculos teológicos”. Respondemos a

estos hermanos que, al haber abandonado *la inspiración absoluta* de las Escrituras (pues la palabra «literal» no es más que un engaño), su piedad ya no es capaz de resistir eficazmente los embates de la incredulidad moderna. Se lamentan por ello, pero, al haber dejado que se desafilé la hoja de su espada, que es la Palabra de Dios, ya solo disponen de un arma inútil cuando lo que necesitarían es una espada de doble filo.

Este larguísimo preámbulo nos permite abordar la profecía de Abdías. Nos ofrecerá un panorama, acorde con su contexto, del destino de Edom en los últimos días, y si en nuestro Prólogo nos hemos visto obligados a adelantarnos en gran medida a lo que aún nos queda por decir, los pocos versículos de Abdías nos proporcionarán elementos para controlar, en muchos aspectos, lo que acabamos de exponer.

Los *juicios* sobre Edom y las naciones: ese es el tema de Abdías. No olvidemos que los juicios revisten una importancia inmensa para el futuro de Israel. Si la Iglesia es salvada hoy por gracia, Israel, en el futuro, será liberado mediante los juicios. Por eso el «Remanente fiel» de los Salmos lo convierte tan a menudo en el tema de sus súplicas. Las continuas analogías que evocan los profetas entre los juicios pasados y los juicios venideros nos ayudan a comprender mejor el carácter de estos últimos. A su vez, los juicios futuros dirigen nuestra mirada hacia la persona del Juez. El Remanente de Israel reconocerá en Él al hombre manso al que había rechazado en otro tiempo, al Cordero de Dios que había sido entregado por el pecado de su pueblo. ¡Con qué deleite verán entonces los fieles, reunidas en esa augusta persona, la majestad y la gracia, la mansedumbre y la justicia! «Eres el más hermoso de los hijos de los hombres; La *gracia* se derramó en tus labios; por tanto, Dios te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada sobre el muslo, oh valiente, con tu *gloria* y con tu *majestad*. En tu gloria sé prosperado; cabalga sobre palabra de *verdad*, de *humildad* y de *justicia*, Y tu diestra te enseñará cosas terribles. Tus saetas agudas, con que caerán pueblos debajo de ti, penetrarán en el corazón de los enemigos del rey» (Sal. 45:2-5).

3 - Abdías

«Visión de Abdías. Jehová el Señor ha dicho así en cuanto a Edom: Hemos oído el pregón de Jehová, y mensajero ha sido enviado a las naciones. Levantaos, y levantémonos contra este pueblo en batalla» (v. 1).

La Palabra de Dios no nos da información sobre la persona del profeta Abdías, ni sobre el momento *exacto* de su profecía; por lo tanto, cualquier suposición al respecto es inútil y no puede servir para la edificación de las almas. Lo que Dios nos ha revelado es lo que conviene recordar; nunca está de más repetir esta verdad elemental, pero tan poco comprendida. Si la ponen en práctica, los hijos de Dios se abstendrán de aportar sus propios pensamientos a la Palabra en lugar de dejarse enseñar por ella. ¿Qué se pensaría de un hombre que se imaginara añadir algo a un gran lago vaciando allí su jarra? ¿No haría mejor en ir a llenarla allí? ¿Podrán nuestros propios pensamientos enriquecer jamás las Escrituras? Que Abdías profetizara, al igual que Jeremías, hacia el final del reino de Judá, no puede ser objeto de duda alguna para el cristiano animado por «el espíritu... de sensatez» (2 Tim. 1:7). Basta con comparar el juicio sobre Edom en [Jeremías 49:7-22](#) con la profecía de Abdías, que trata de la ruina final de esta nación. Jeremías emplea más o menos los mismos términos que nuestro profeta: «La noticia oí, que de Jehová había sido enviado mensajero a las naciones, diciendo: Juntaos y venid contra ella, y subid a la batalla» ([Jer. 49:14](#)).

Ante esta analogía, y otras más que veremos a lo largo de esta meditación, los comentaristas se esfuerzan mucho por averiguar cuál de estos 2 profetas *copió al otro*. Se trata de una cuestión más que ociosa y tras la cual, como tras cualquier investigación similar, no es difícil descubrir un espíritu crítico hostil a la inspiración plena de la Palabra de Dios. La posibilidad de que se trate de una copia es real, pero ¿acaso es esa la única alternativa para explicar tal analogía? Esos mismos hombres plantean la misma pregunta respecto a los Evangelios sinópticos; ¿a qué han concluido sus investigaciones? La mente del hombre se agota en ello, y siempre acaba sumiéndolo en la confusión. De lo que el cristiano está convencido es de que, tanto en Jeremías como en Abdías, *Dios* le habla y que no le queda más que recibir de él la enseñanza especial contenida en cada uno de estos profetas.

Hay un rasgo característico del profeta Jeremías al que no se alude en Abdías. Jeremías predice, a corto plazo, la destrucción de Jerusalén, y luego de todas las naciones, a manos de Nabucodonosor ([Jer. 46 - 49](#)), y posteriormente la destrucción de ese gran imperio por el propio Jehová (cap. 50); por último, señala a los instrumentos, los medos, mediante los cuales Dios pondrá fin *históricamente* a ese poder (cap. 51). El profeta Daniel tiene otro punto de vista: describe la historia sucesiva de los 4 grandes imperios universales mientras el poder está en manos de las naciones; sin embargo, también muestra la caída *simultánea* de esos poderes para dar paso al único reino que «no será jamás destruido» ([Dan. 2:44](#)).

Esta es la segunda alternativa que encontramos en Jeremías. Para él, el destino de

todos esos imperios queda, desde el principio, fijado definitivamente por la caída de Babilonia, ya que esta ha empleado el poder que Dios puso en sus manos para su propia exaltación y la multiplicación sin fin de sus ídolos. Pero es ella quien ejerce el juicio de Dios sobre todas las naciones hasta el momento de su caída definitiva. Desde el momento de su caída histórica, el profeta nos lleva *más allá* de todos los siglos intermedios hasta los acontecimientos de los últimos días. Así, tras describir la derrota de Egipto a manos de Nabucodonosor, Jeremías nos dice: «Pero después será habitado como en los días pasados, dice Jehová» (46:26); así, tras la destrucción de Moab por el mismo monarca, añade: «Pero haré volver a los cautivos de Moab en *lo postrero de los tiempos*, dice Jehová» (48:47); y lo mismo ocurre con los hijos de Amón: «Y después de esto haré volver a los cautivos de los hijos de Amón, dice Jehová» (49:6). Por último, en cuanto a Elam, destruido por esa misma espada de Babilonia: «Pero acontecerá *en los últimos* días, que haré volver a los cautivos de Elam, dice Jehová» (49:39).

No ocurre exactamente lo mismo con Edom (49:7-22). Nunca será restablecido; tal es su sentencia definitiva. Así, al describir su juicio a manos de Nabucodonosor, que «como águila subirá y volará, y extenderá sus alas contra Bosra» (comp. con 48:40), el Espíritu de Dios nos hace presenciar los acontecimientos del fin que acompañan a su caída. De ahí la analogía tan llamativa entre Jeremías y Abdías. En ambos casos, el fin de Edom en los últimos días, su subversión sin posibilidad de restauración tendrá lugar a manos de sus antiguos aliados; por las naciones reunidas contra él y en su territorio; por el propio Jehová (si interpreto correctamente «como león subirá de la espesura del Jordán» (49:19, comp. con 50:44), elementos que encontramos en estas 2 profecías paralelas; y, por último, por el pueblo de Israel, un hecho que no encontramos en Jeremías, sino en Abdías.

Veamos a qué circunstancia alude el primer versículo de Abdías. Ningún acontecimiento histórico se corresponde con lo que leemos en él, pero el [Salmo 83](#) nos habla, como ya hemos visto al exponer el futuro de Edom, de una futura confederación de los pueblos que rodean el territorio de Israel. Edom está a la cabeza de ellos. El futuro asirio, el Gog de la profecía, apoya y fomenta, si no es en persona, esta conspiración cuyo objetivo *es exterminar al pueblo de Dios*. «Han dicho: Venid y destruyámoslos para que no sean nación, y no haya más memoria del nombre de Israel.» (v. 4). «Han dicho: Heredemos para nosotros las moradas de Dios» (v. 12). En este tiempo de los últimos días, Israel, de vuelta en su tierra, se convertirá en objeto de la codicia de todas las naciones. El rey del Norte, jefe de la confederación asiria –es decir, Gog o Rusia– se valdrá de esta coalición para llevar a cabo sus designios contra Jerusalén.

En apariencia y como objetivo declarado, Edom y sus aliados «sirven de brazo a los hijos de Lot» (v. 8), es decir, a Amón y a Moab, cuyos intereses parecen defender y reivindicar mediante esta agresión conjunta. Pero Edom, consumido por la ambición y el odio, se propone por su cuenta apoderarse él mismo de la herencia de Jehová. Dice: «Las dos naciones y las dos tierras serán mías, y tomaré posesión de ellas». «Destruídos son», añade refiriéndose a las montañas de Israel, «nos han sido dados para que los devoremos» (Ez. 35:10, 12). El primer asedio de Jerusalén y su resultado parcial (Zac. 14:1-2) parecen dar la razón a Edom [6]. Es entonces cuando se produce una reacción contra sus orgullosas pretensiones entre las naciones aliadas, que las desenmascaran. «El rumor viene de Jehová», quien, según la palabra de Zacarías, «He aquí yo pongo a Jerusalén por copa que hará temblar a todos los pueblos de alrededor» y «por piedra pesada a todos los pueblos» (Zac. 12:2-3).

[6] Vean sobre este tema «La historia profética de los últimos días», de H. R.

Los aliados de Edom envían «mensajero a las naciones» para instarlas a levantarse en guerra contra Edom, asegurándoles su apoyo: «Levantaos y levantémonos contra este pueblo». ¿Quiénes son estas naciones? Sabemos por la profecía que el asirio del fin, tras apoderarse de Palestina/Israel, pretende someterla; que los judíos, pueblo apóstata del Anticristo, hacen un pacto con el imperio de Occidente (la Bestia y los 10 reyes) para resistir esta invasión (Is. 28:14-22); que, mientras tanto, el asirio, abatiéndose como una tormenta sobre Egipto, entra primero en «la tierra gloriosa» (Palestina/Israel), «mas estas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón» (Dan. 11:41). Estas 3 naciones que se le escapan son precisamente las que persiguen sus intereses particulares en su detrimento y tratan de frustrar sus planes sobre la Tierra Santa. Pero, como acabamos de ver, su acuerdo no dura mucho tiempo. Todas se vuelven contra Edom, que se había puesto a la cabeza de ellas, y, para hacer frente al peligro que su ambición les supone, buscan apoyo entre las naciones ofreciéndoles su alianza: «Levantaos y levantémonos contra este pueblo en batalla». Este plan parece tener éxito.

«He aquí, pequeño te he hecho entre las naciones; estás abatido en gran manera. La soberbia de tu corazón te ha engañado, tú que moras en las hendiduras de las peñas, en tu altísima morada; que dices en tu corazón: ¿Quién me derribará a tierra? Si te remontares como águila, y aunque entre las estrellas pusieres tu nido, de ahí te derribaré, dice Jehová. Si ladrones vinieran a ti, o robadores de noche (¿cómo has sido destruido!), ¿no hurtarían lo que les bastase? Si entraran a ti vendimiadores, ¿no

dejarían algún rebusco? ¡Cómo fueron escudriñadas las cosas de Esaú! Sus tesoros escondidos fueron buscados» (v. 2-6). El profeta Jeremías se expresa en términos similares (49:15-16 y v. 9-10). La devastación es total, el saqueo está organizado de tal manera que no quede nada para esta nación arrogante que confiaba en su territorio inaccesible.

«Todos tus aliados te han engañado; hasta los confines te hicieron llegar; los que estaban en paz contigo prevalecieron contra ti; los que comían tu pan pusieron lazo debajo de ti» (v. 7).

En el momento en que Edom está a punto de alcanzar su objetivo al anexionarse la herencia de Israel, sus aliados se vuelven contra él y «hasta los confines te hicieron llegar», lo que significa, creo, que es rechazado hasta los límites de su propio país. Allí se encontrará con los ejércitos de Occidente, notoriamente reunidos para oponerse a la ocupación de Jerusalén por parte de Edom, pero que se oponen con igual determinación a dicha ocupación por parte de Amón, Moab y Asiria. Así es como «pongo a Jerusalén por copa que hará temblar a *todos* los pueblos de alrededor contra Judá» (Zac. 12:2).

El territorio de Edom es, en ese momento, un punto estratégico de gran importancia para oponerse a Gog (el asirio), que acaba de abalanzarse sobre Egipto como un torrente desbordado (Dan. 11:40-43), pues Edom no se limita, como hemos señalado anteriormente, a la «montaña de Seir», sino que también abarca los territorios de Idumea, cuya ocupación por parte de los ejércitos occidentales impedirá al asirio regresar de Egipto a Palestina/Israel, ya sea a lo largo del Mediterráneo o a través de la península del Sinaí. El plan de los ejércitos occidentales puede estar sabiamente concebido, pero han contado *sin Jehová*. Es él quien, sin que ellos lo supieran, los reunió en Edom para aniquilarlos. «Jehová está airado contra todas las naciones, e indignado contra todo el ejército de ellas». «La espada de Jehová... tiene sacrificios en Bosra, y grande matanza en tierra de Edom». «Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en *el pleito de Sion*» (Is. 34:2-8). Este juicio sobre los ejércitos de las naciones lo lleva a cabo *únicamente* Jehová: «*De los pueblos nadie había conmigo*» cuando «viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos» (Is. 63:1-3) [7].

[7] Lo que aquí presentamos es el aspecto judío de la destrucción de los ejércitos occidentales en Edom, a cargo **únicamente** del Mesías. En Apocalipsis 19:11-16, lo vemos venir del cielo, seguido de los santos celestiales,

y destruyendo esos mismos ejércitos con la espada afilada de doble filo que sale de su boca. Estos 2 puntos de vista concuerdan perfectamente con el carácter de la profecía, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Solo tras la aniquilación de los ejércitos del imperio occidental y la destrucción de sus jefes, la Bestia y el falso profeta ([Apoc. 19:19-21](#)), que el Señor destruye, en la tierra de Israel, a todo el ejército del asirio, que ha subido desde Egipto para apoderarse, a su vez, de Jerusalén y de Palestina/Israel ([Dan. 11:44-45](#)).

La destrucción de los ejércitos occidentales en Edom no se menciona en la profecía de Abdías. Solo se nos dice que el propio Edom es saqueado y desposeído por sus antiguos aliados, que antes estaban en paz con él, y que se produce una gran matanza.

Edom se ha equivocado, pues, en sus planes, tan astutamente urdidos, pero que acaban por convertirse en su perdición porque se ha enfrentado al antiguo pueblo de Dios y a la ciudad santa en el momento de su restauración. ¿De qué le sirven ahora sus tan alabados sabios? «No hay en ello entendimiento. ¿No haré que perezcan en aquel día, dice Jehová, los sabios de Edom, y la prudencia del monte de Esaú? Y tus valientes, oh Temán, serán amedrentados; porque todo hombre será cortado del monte de Esaú por el estrago» ([Abd. 8, 9](#)).

Podría sorprender que esta pequeña nación de Edom, tan insignificante, incluso cuando renazca en el futuro, desempeñe un papel tan importante en la historia del fin de los tiempos y se convierta incluso en el único objeto de una profecía como la de Abdías. La razón es que, aparte del carácter profano de Edom, de su odio implacable contra el pueblo de Dios, de sus ambiciosos proyectos para apoderarse, mediante la violencia de la herencia de Israel y de la ciudad del gran Rey –aparte de todo eso, digo yo–, Edom resulta ser el punto central donde se resolverá todo el conflicto de los últimos días: la lucha entre el rey del norte y el rey del sur (entre el asirio Gog y Egipto); lucha entre las naciones limítrofes de Israel y Edom por la posesión de la herencia de Jehová; lucha entre la Bestia romana, el imperio occidental y Gog por la posesión de Jerusalén y la conquista de Egipto; en definitiva, toda la historia profética de los últimos días se concentra en este territorio, cuando «yo pongo a Jerusalén por copa que hará temblar a todos los pueblos» ([Zac. 12:2](#)). –Una vez cortado el nudo gordiano de Edom, la llegada del Mesías se alza como un amanecer benéfico, mensajero del sol de justicia. Todos estos acontecimientos del fin nos llevan a pensar en el conflicto actual [\[8\]](#), cuyos principios no difieren

de aquellos y que podría ser un preludio de acontecimientos futuros, mucho más terribles.

[8] Primera edición, 1915.

«Por la injuria a tu hermano Jacob te cubrirá vergüenza, y serás cortado para siempre» (v. 10).

«*La soberbia de tu corazón*» (v. 3) era el primer rasgo característico de Edom; el segundo es la *violencia* infligida a su hermano. El Señor, por muy culpable que haya sido Israel, no olvida que es el destinatario de sus promesas, y Dios es fiel a lo que ha prometido. Lo que afecta a su pueblo le afecta a Él mismo. En tiempos de la infidelidad de Israel, tuvo que ocultar su rostro a la casa de Jacob, pero ahora ha llegado la hora en que podrá retomar abiertamente la causa de su pueblo. En los últimos días de Edom y durante el asedio de Jerusalén por parte de las naciones, de las que Edom era el líder, el arrepentimiento entra en el corazón del Remanente: «En aquel tiempo los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas» (Is. 29:1-8, 18). Entonces, el castigo de Esaú, hasta entonces suspendido para dar rienda suelta al juicio de Dios sobre su pueblo, se abatirá sobre Edom. Ya no habrá perdón para los enemigos de Jacob, el elegido del Señor. Edom será «cortado *para siempre*».

De hecho, sea cual fuere la profecía sobre Edom que se considere, el Espíritu de Dios siempre concluye que no quedará nada de Edom *como nación*. Su territorio quedará condenado a una desolación perpetua: «Yo te pondré en asolamiento perpetuo, y tus ciudades nunca más se restaurarán; y sabréis que yo soy Jehová. Por cuanto dijiste: Las dos naciones y las dos tierras serán mías, y tomaré posesión de ellas; estando allí Jehová; por tanto, vivo yo, dice Jehová el Señor, yo haré conforme a tu ira, y conforme a tu celo con que procediste, a causa de tus enemistades con ellos; y seré conocido en ellos, cuando te juzgue. Y sabrás que yo Jehová he oído todas tus injurias que proferiste contra los montes de Israel, diciendo: Destruídos son, nos han sido dados para que los devoremos. Y os engrandecisteis contra mí con vuestra boca, y multiplicasteis contra mí vuestras palabras. Yo lo oí. Así ha dicho Jehová el Señor: Para que toda la tierra se regocije, yo te haré una desolación. Como te alegraste sobre la heredad de la casa de Israel, porque fue asolada, así te haré a ti; asolado será el monte de Seir, y todo Edom, todo él; y sabrán que yo soy Jehová» (Ez. 35:9-15). Dios ha oído esos gritos de odio, esos ultrajes contra su pueblo, y «*¡Jehová estaba allí!*». ¡Colmo de la ceguera de Edom! En la época en que Dios apartaba su

rostro de la casa de Israel, dejó rienda suelta al odio de Edom; pero cuando se revela de nuevo como Salvador ante los ojos de su pueblo arrepentido, el juicio de Edom ya no puede aplazarse, pues lucha contra el pueblo de la promesa, ¡al que Jehová mismo defiende! [9]

[9] No ocurre lo mismo en nuestros días, pues los caminos de Jehová, interrumpidos hoy para con el pueblo de Israel, aún no han vuelto a iniciarse con vistas a su liberación. ¿Hay alguna nación cuya causa defienda hoy Jehová? Él puede, según sus caminos, otorgar la supremacía o una ventaja momentánea a una u otra de las naciones en lucha, pero ninguna cuenta con su favor. Todas son inexcusables y las más inexcusables de todas son aquellas que reivindicán con mayor vehemencia el nombre de Jehová, cubriendo con ese nombre sus injusticias.

Sobre esta misma desolación futura, lean también [Isaías 34:9-17](#). Edom será en adelante el refugio de toda criatura impura, peligrosa y malvada de la creación. Por muy poco habitada que esté hoy esta región, su destino actual no es el que nos describe Isaías. Debemos «Inquirir en el libro de Jehová» para conocer su destino definitivo. No faltará allí ninguna bestia malévola: «Y leed si faltó alguno de ellos; ninguno faltó con su compañera; porque su boca mandó, y los reunió su mismo Espíritu. Y él les echó suertes, y su mano les repartió con cordel; para siempre la tendrán por heredad; de generación en generación morarán allí» ([Is. 34:16-17](#)).

En los versículos 11 al 14, el profeta Abdías expone las últimas quejas de Jehová contra Edom: «El día que estando tú delante, extraños llevaban cautivo su ejército, y extraños entraban por sus puertas, y echaban suertes sobre Jerusalén, tú también eras como uno de ellos. Pues no debiste tú haber estado mirando en el día de tu hermano, en el día de su *infortunio*; no debiste haberte alegrado de los hijos de Judá en el día en que se *perdieron*, ni debiste haberte jactado en el día de la *angustia*. No debiste haber entrado por la puerta de mi pueblo en el día de su *quebrantamiento*; no, no debiste haber mirado su mal en el día de su *quebranto*, ni haber echado mano a sus bienes en el día de su *calamidad*. Tampoco debiste haberte parado en las encrucijadas para matar a los que de ellos escapasen; ni debiste haber entregado a los que quedaban en el día de *angustia*».

Parece natural aplicar este pasaje a la historia pasada de Jerusalén, al asedio de esta ciudad por Nabucodonosor, y no vemos ninguna razón que se oponga a esta interpretación. Dios recuerda la violencia infligida a la ciudad adúltera, pero que, en

sus designios, sigue siendo siempre la amada. Es de ese día de Jerusalén de lo que se acuerdan los cautivos, junto a los ríos de Babilonia, cuando dicen: «Oh Jehová, recuerda contra los hijos de Edom el día de Jerusalén, cuando decían: Arrasadla, arrasadla Hasta los cimientos» ([Sal. 137:7](#)). Es a ella a quien se alude en [Amós 1:6, 11-12 \[10\]](#) y quizá en [Joel 3:6](#). Sin embargo, este pasaje se aplica con la misma veracidad al futuro asedio de Jerusalén, mencionado en el [Salmo 83](#), y en el capítulo 14:1-2 del profeta Zacarías: «He aquí, el día de Jehová viene, y en medio de ti serán repartidos tus despojos. Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén; y la ciudad será tomada, y serán saqueadas las casas, y violadas las mujeres; y la mitad de la ciudad irá en cautiverio, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad». [\[11\]](#)

[10] Vean “El libro del profeta Amós”, de H. R.

[11] Vean también otros pasajes en «La historia profética de los últimos días», página 31, de H. R.

¿Qué hace Edom a lo largo de toda su historia, tanto en el futuro como en el pasado? Este impío quiere adquirir lo que Dios le ha negado formalmente al conferir la herencia a su hermano Jacob, y recurre a la violencia para apoderarse de ella. Sin duda, Jacob había sido infiel y se había merecido ese juicio, pero Edom, que en el pasado había sido el azote de Dios contra Israel ([2 Reyes 8:20](#)), persigue sus propios designios, completamente ajenos a los de Dios. ¿Podía Dios revocar sus promesas incondicionales? ¡Cuánto menos en los últimos días, de los que hablan Zacarías y otros profetas, cuando, bajo el peso de los juicios, un «Remanente» llevado al arrepentimiento se vuelve hacia el Mesías que el pueblo había rechazado en otro tiempo! ([Zac. 12:8-14](#)).

El pasaje comprendido entre los versículos 11 y 14 de Abdías puede, por tanto, recordar la actitud de Edom tanto en el pasado histórico como en el futuro profético tal y como se nos revela. Parece incluso que la alusión a este último ocupa aquí un primer plano. En este pasaje se habla del día de la calamidad y del día de la *angustia* de Jerusalén. A menudo hemos señalado que esta última palabra, en los Salmos y en los profetas, suele significar, quizá siempre, la «gran tribulación» del fin, también llamada la «angustia de Jacob». Sea como fuere, este pasaje habla de un día ya pasado en el momento de la profecía, y que Dios no ha olvidado. Nada me conmueve más que esta reprimenda: «¡No deberías haberlo hecho!» [\[12\]](#). ¡Cómo resuenan

misericordiosamente estas palabras, en el momento en que el juicio está a punto de alcanzar a esta nación endurecida! «¡No deberías haberlo hecho!» ¡Ah! Si no hubieras merecido este juicio, ¡cuánto habría deseado ahorrártelo! Nada demuestra más que Jehová es lento para la ira, que busca y habría deseado encontrar algún sentimiento de compasión, aunque fuera solo una sombra de piedad, en los peores enemigos de su pueblo. Tal es la paciencia de Dios, tal es el carácter de Cristo. Pero no, Edom había llevado el odio y el ultraje hasta sus últimos límites. Uniéndose a los saqueos, regocijándose de la calamidad de los hijos de Judá, abriendo la boca de par en par para injuriar y maldecir a su hermano (comp. con [Sal. 35:21](#)); apoderándose de la ciudad, saqueando los bienes, exterminando a los supervivientes, vendiendo como cautivos a los que habían quedado... Edom no debería haber hecho todas esas cosas; ¡pero ya era demasiado tarde!

[12] ¡Cuánto es preferible esta versión –adoptada, por cierto, por nuestros antiguos traductores– a la de ciertos traductores modernos!

El mismo sentimiento de piedad misericordiosa hacia Edom se encuentra en otro pasaje: el oráculo sobre Duma ([Is. 21:11-12](#)). En los versículos 5-9 de este capítulo de Isaías, Jehová ha puesto un centinela en Jerusalén para ver lo que iba a suceder. El centinela tiene una visión de la ruina de Babilonia, lo que indica que se acerca el fin del dominio confiado a las naciones. Esta visión se refiere a Israel, a quien va dirigida. He aquí que Edom se burla de lo que anuncia el Espíritu de Dios: «Guarda, ¿qué de la noche? Guarda, ¿qué de la noche?» El centinela responde: «La mañana viene, y después la noche». ¡La mañana que espera la fe de Israel está a punto de llegar, pero también la noche para el incrédulo y el burlón! «Preguntad si queréis, preguntad», añade el centinela; la certeza del juicio no fallará. Edom es, pues, inexcusable por no haber querido preguntar. Entonces se dice: «¡Volved, venid!». Hasta el último momento, Dios sigue dejando una puerta abierta al arrepentimiento. ¿No es conmovedora esta palabra? ¡Cómo concuerda con la de Abdías: «No deberías haberlo hecho... no deberías haberlo hecho!» Ante el destino ya decidido de Babilonia, ¿por qué te has aliado con ella? ¿No deberías haber separado tu causa de la suya y haber comprendido que retomo mis caminos hacia mi pueblo y que la caída del imperio confiado a los gentiles abre una nueva era de bendiciones para Israel, que me había rechazado, pero que ahora «doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados»? ([Is. 40:2](#)).

He aquí la era de las bendiciones que se abre para el pueblo. Esta liberación de Israel solo puede tener lugar mediante un juicio definitivo y sin piedad, a raíz del

rechazo de todas estas naciones a escuchar las palabras de gracia que se les ofrecían: «Porque cercano está el día de Jehová sobre todas las naciones; como tú hiciste se hará contigo; tu recompensa volverá sobre tu cabeza» (v. 15). La calamidad y la *angustia* de Judá y Jerusalén indican que el *día del Señor* está cerca. El día del Señor significa, en todas las profecías, el día del juicio que precede al establecimiento del reino de Cristo en la tierra. Es «el día de Jehová» anunciado en el Nuevo Testamento. Tras abatirse sobre Israel en «la gran tribulación», de la que forma parte la caída de Jerusalén, este día debe alcanzar a las naciones (con Edom a la cabeza) que han hecho sufrir, martirizado, esclavizado y pisoteado al antiguo pueblo de Dios. Edom se convierte así en el ejemplo de la caída de las naciones en «el día de Jehová», del mismo modo que Babilonia es el ejemplo del derrumbe de su imperio para dar paso al imperio universal de Cristo, a la «gran monte que llenó toda la tierra» (Dan. 2:35). Ese día alcanzará no solo a Edom, sino a *todas las naciones*; será un día de retribución en el que se les pagará según lo que hayan hecho al pueblo de Dios. Edom recibirá como recompensa el juicio que lo aplastará, pero este juicio es universal y el lugar que Edom ocupa en él sirve de ilustración para todo lo demás (Is. 34:2; Abd. 15-17).

«De la manera que vosotros bebisteis en mi santo monte, beberán continuamente todas las naciones; beberán, y engullirán, y serán como si no hubieran sido» (v. 16; comp. con Jer. 49:12).

Esas naciones se habían regocijado por su victoria sobre Jerusalén, olvidando que se encontraban en el monte santo de Jehová, quien nunca había renegado de sus promesas, a pesar de la desobediencia de su pueblo. Para Dios, Sion seguía siendo su montaña santa. ¿Podría olvidarlo Él, que quería “ungir a su Rey en Sion, la montaña de su santidad”? ¿Qué profanación venir a emborracharse precisamente en el lugar donde el Rey de gloria iba a manifestarse, cuando las puertas alzarán la cabeza y las puertas eternas se elevarán para dejarlo pasar! (Sal. 24). Edom y Babilonia habían bebido allí, pero Dios les preparaba, así como a todas las naciones, una bebida continua y sin tregua. Beberían, tragarían, beberían y volverían a tragar la copa de la ira de Dios. Desaparecerían, aniquiladas, como si nunca hubieran existido. «Comprendí el fin de ellos», dice el salmista al entrar en los santuarios de Dios: «Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores. Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despertares, menospreciarás su apariencia» (Sal. 73:18-20).

«Mas en el monte de Sion habrá un remanente que se salve; y será santo, y la casa de Jacob recuperará sus posesiones» (v. 17).

Este monte que las naciones, y en particular Edom, el «profano», habían profanado, ya no será lugar de esclavitud y cautiverio, sino lugar de liberación. Entonces se demostrará que Dios puede revestirlo de santidad, a pesar de todas sus impurezas y de las que las naciones le habían impuesto. ¿Cómo puede Jerusalén, ese objeto impuro, ser santificada? Por la sangre de la Redención y de la misma manera que cada uno de nosotros individualmente. El verdadero Israel será redimido para siempre por la sangre del Cordero, como el pueblo fue antaño, en tipo, redimido de Egipto. Es también en virtud de la sangre derramada sobre Sion, el monte de la gracia, que se establecerá el reino en Jerusalén. Entonces «la casa de Jacob (todo Israel representado por Judá) recuperará sus posesiones». Entonces se cumplirá esta palabra que David pone en boca de Cristo y en boca de Israel: «Sobre Edom echaré mi calzado... ¿Quién me guiará hasta Edom? ¿No serás tú, oh Dios, que nos habías desechado, Y no salías, oh Dios, con nuestros ejércitos?» (Sal. 108:9-10). En aquel día, Israel poseerá «sus *posesiones*», volverá plenamente a su herencia y a los límites que el Jehová le había asignado desde siempre (Jos. 1:4).

«La casa de Jacob será fuego, y la casa de José será llama, y la casa de Esaú estopa, y los quemarán y los consumirán; ni aun resto quedará de la casa de Esaú, porque Jehová lo ha dicho» (v. 18).

Aquí se anuncia la futura unión, predicha por multitud de pasajes, de los 2 reinos, que en otro tiempo se dividieron a raíz de la infidelidad de Salomón. La vara de Judá y la vara de José, antes separadas, no son ya más que un solo madero en la mano del Señor (Ez. 37:15-17; Zac. 11:7-14). La casa de Jacob (Israel representada por Judá) y la casa de José (Israel representada por Efraín) actuarán de común acuerdo. Devorarán a Edom y *no* dejarán en él *ningún remanente*. Este es el decreto de Jehová contra este pueblo profano que le ha despreciado, contra este pueblo violento cuyo odio hacia su hermano le ha llevado a querer apoderarse de la herencia que se le había negado y a frustrar el propósito establecido por Dios según la elección de gracia respecto a Jacob. Esta victoria de los hijos de Israel sobre Edom se nos describe en Isaías 11:13-14. Todas las naciones serán saqueadas a su vez por el pueblo de Jehová, con Edom en primer lugar. En Jeremías 49: los cautivos de Amón y Moab serán restablecidos, pero nada semejante ocurrirá con Edom. Lo mismo sucederá con los filisteos, aunque quizá en menor medida (Amós 1:8; Zac. 9:7).

La destrucción de Edom por parte de Israel debe distinguirse del juicio que el propio Señor ejerce sobre él. En Isaías 34:1-8, él derrama su ira sobre Edom y sobre todos los ejércitos de las naciones, aunque el propio Edom también recibe su parte (v. 5). «Es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion» (v.

8). En [Isaías 63:1-6](#), se trata de las naciones armadas exterminadas *solo* por él en el territorio de Edom. «El día de la venganza está en mi corazón», dice el Señor, «el año de mis redimidos ha llegado» (v. 4). En [Apocalipsis 19:11-16](#), el Señor, saliendo del cielo abierto, seguido de los ejércitos celestiales, es *el único* que golpea a las naciones con la espada de doble filo que sale de su boca. En [Apocalipsis 14:19, 20](#), la misma venganza recae sobre el pueblo judío apóstata en Palestina/Israel. Todos estos juicios los ejerce él solo. Su victoria sobre los ejércitos de los pueblos va seguida del juicio del valle de Josafat, ejecutado solo por él, que es a la vez cosecha y vendimia ([Joel 3](#); comp. con [Apoc. 14:14-20](#)). Por último, en [Mateo 25:31-46](#), todas las naciones se reúnen ante el Hijo del hombre, sentado en el trono de su gloria, y de nuevo es *solo él* quien las juzga *individualmente* según la forma en que hayan tratado a sus hermanos judíos, mensajeros del Evangelio del Reino.

El juicio de Edom por parte de los hijos de Israel es mucho más limitado. De él se dice: «Extenderé mi mano sobre Edom, y cortaré de ella hombres y bestias, y la asolaré; desde Temán hasta Dedán caerán a espada. Y pondré mi venganza contra Edom *en manos de mi pueblo Israel*» ([Ez. 25:12-14](#)). En Abdías, este juicio tiene lugar exclusivamente con vistas a la *posesión de la herencia* de la que Edom había querido apoderarse. Todas las alusiones a los Macabeos, repetidas tan a menudo por comentaristas que ignoran el propósito y el alcance de la profecía, quedan totalmente sin fundamento ante este hecho. Mediante la venganza, todo Israel recupera su herencia cuando amanece el día de Jehová y el Mesías interviene en favor de su pueblo restaurado. Así es como: «Y los del Neguev *poseerán* el monte de Esaú, y los de la Sefela a los filisteos; *poseerán* también los campos de Efraín, y los campos de Samaria; y Benjamín a Galaad» (v. 19).

Edom se había apoderado del sur, que formaba parte del territorio de Judá, durante la calamidad que sufrió este último. Ahora es Judá –«los del sur»– quien posee la montaña de Esaú, ese monte de Seir que Dios había prohibido antaño a Israel tocar, cuando Edom se oponía al paso del pueblo ([Núm. 20:21](#)), y la paciencia de Dios aún no había llegado a su fin. Jehová había pronunciado en otro tiempo ciertas bendiciones sobre este pueblo por boca profética de Isaac, pero ahora había llegado el término de esas bendiciones; Edom era ya propiedad de Judá, una tierra, sin duda, desolada para siempre, pero que permanecía en la tierra como testimonio de los juicios de Dios contra sus enemigos. Otras naciones participarán de la bendición de Israel, según está escrito: «Bendito el pueblo mío Egipto, y el asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad» ([Is. 19:25](#)); Edom nunca será bendecido. Un destino similar les espera a los filisteos. Este enemigo permanente de Israel, que habita en

su territorio y ocupa sus fronteras, no perdurará. Formará parte del territorio prometido por Jehová a Josué y que este último no había conquistado en su totalidad (Jos. 11:16-17). «Los de la Sefela (llanura) a los filisteos». Este término parece incluir a Benjamín y no solo a Judá, pues, según la división del país en Ezequiel 47 y 48, Palestina/Israel recaerá en herencia a estas 2 tribus. Por otra parte, Benjamín se extenderá, más allá del Jordán, hasta el territorio de Galaad. Por lo demás, en estos versículos, no se trata propiamente de un reparto, sino de mostrar que, a partir de ahora, todo lo que se oponía a la libre posesión del país ha desaparecido, y que Israel forma un todo que abarca los territorios enemigos y se une de manera ininterrumpida a las tribus situadas más allá del Jordán, cuya posición separada había obstaculizado tan a menudo la manifestación de la unidad del pueblo.

«Y los cautivos de este ejército de los hijos de Israel poseerán lo de los cananeos hasta Sarepta; y los cautivos de Jerusalén que están en Sefarad poseerán las ciudades del Neguev (sur)» (v. 20).

El profeta continúa describiendo aquí la toma de posesión del país dentro de los límites que Dios había establecido anteriormente. El ejército de las 10 tribus, que en su día fue deportado, tomará posesión del territorio de Sidón hasta Sarepta, al norte. Esa región pertenecía antiguamente a los cananeos e incluye el territorio de Tiro y el Líbano. Del mismo modo, el profeta Zacarías, al hablar del regreso de los ejércitos de Judá y Efraín, dice: «Los traeré a la tierra de Galaad y del Líbano, y no les bastará» (Zac. 10:10). Por último, los cautivos de Jerusalén que habían estado en Sefarad poseerán las ciudades del sur. El regreso de estos cautivos se describe en un pasaje de Zacarías: «Y tú también por la sangre de tu pacto serás salva; yo he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua. Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza» (Zac. 9:11-12). Según el mismo profeta, es a partir de este exilio que Jehová formará a los hombres fuertes que lucharán con Él y a quienes convertirá en su caballo de gloria en la batalla.

Todo esto no es, como en Ezequiel, una descripción detallada del territorio que corresponde a cada tribu, sino la de *la extensión del pueblo*, de modo que los límites asignados originalmente por los decretos divinos –y que, en virtud de su infidelidad, nunca había alcanzado– le sean asegurados definitivamente por la gracia de Dios. Esta nueva conquista de Su heredad por mano de su pueblo, Israel, parece preceder al reparto del territorio entre las tribus y se extiende, como se ve en este pasaje, hacia el sur, el oeste, el norte y el este.

«Y subirán salvadores al monte de Sion para juzgar al monte de Esaú» (v. 21).

¿Quiénes son estos salvadores? [Zacarías 12:6-8](#) nos da información al respecto. Son los jefes de Judá quienes, tras haber devorado a diestra y siniestra a todos los pueblos de los alrededores (vean también [Miqueas 5:5](#)), se convierten en jueces y legisladores de las naciones. «En aquel día», dice el profeta, «Jehová defenderá al morador de Jerusalén; el que entre ellos fuere débil, en aquel tiempo será como David; y la casa de David como Dios, como el ángel de Jehová delante de ellos» ([Zac. 12:8](#)). A la batalla le seguirá el gobierno de las naciones, ejercido en la tierra por Judá, el legislador; por Jerusalén, la casa de David, y «el príncipe» ([Ez. 48:21](#)), bajo el glorioso reinado de Cristo. Estos salvadores, cuyo centro de gobierno será Jerusalén, juzgarán «el monte de Esaú» ([Abd. 1:8](#)). Esta última, único objeto del profeta Abdías, es la única que se menciona aquí, pero, como hemos visto, este profeta la considera el centro y la representante de todas las naciones, reuniéndolas en los últimos días para que allí sean juzgadas. Una vez ejecutado este juicio, *el centro del gobierno* se establece de ahora en adelante en Jerusalén, de la que Edom había dicho: “¡Arrasad, arrasad hasta sus cimientos!”

«Y el reino será de Jehová» (v. 21).

Tras los acontecimientos preliminares, expuestos en esta profecía: Edom traicionado por sus aliados de un día, de quienes esperaba hacer instrumentos de su ambición; su devastación a manos de esos mismos aliados que piden ayuda a los ejércitos de Occidente; la venganza ejercida sobre Edom por las casas de Judá e Israel, ahora reunidas; el pueblo de Dios y los ejércitos, antes cautivos, tomando posesión de toda su herencia; el establecimiento del gobierno de las naciones en la ciudad del gran Rey: todo está ahora listo para recibirlo. El reino de Cristo no se establecerá de repente, como por arte de magia, sino mediante una serie de actos determinados de antemano por la sabiduría, la justicia y la misericordia de Dios. Mediante estos actos, Jehová alcanza su objetivo: la obra de arrepentimiento y restauración en el corazón de su pueblo; los juicios sobre las naciones, un último llamamiento a su conciencia, que se vuelven definitivos cuando, habiendo llegado la paciencia de Dios a su límite, todos sus esfuerzos han resbalado sin hacer mella en el corazón endurecido del hombre.

El amanecer está a punto de aparecer; las últimas nubes se han desvanecido en el horizonte; el Sol de justicia va a salir sobre las colinas eternas; sale, ilumina un paisaje inmenso donde todo está ordenado según el corazón de Dios, bajo el cetro del Hijo a su diestra, donde el mal, apenas se manifiesta, es inmediatamente reprimido; ¡glorioso reino de 1.000 años, lleno de la presencia de Jehová, que precederá al día de Dios, el día de los nuevos cielos y de la nueva tierra, donde habita la justicia!